

# **Detectives**

## **en Córdoba**

María Brandán Aráoz

Ilustraciones de Pez

loqueleg

*A mi marido y a mis hijas  
con el cariño de siempre.  
A todos mis lectores-amigos  
que pidieron “otra de detectives”.*

## CAPÍTULO 1

### PIRATAS DEL ASFALTO

*H*acía frío en el galpón con paredes de ladrillo y techo de chapa; pese a estar en primavera, un viento invernal se colaba por todos los lugares visibles e invisibles, le congelaba el cuerpo, los huesos, hasta la sangre en las venas. V sentía frío y miedo. Pensó que arriesgaba mucho; no debía confiar en los otros, podían ser traidores, cortarse solos. No tenían tanto que perder, eran todos escoria, gentuza.

Pero esa noche le esperaba un nuevo trabajo y los necesitaba. V no podía moverse del lugar hasta que W, X e Y volvieran a la guarida. “Quedamos en que pasarían a las cuatro en punto de la madrugada, ya son y no llegan”, pensó con rabia. Se había preparado bien: un revólver a la cintura y otro en la media, negros el cuello polar, la campera y el pasamontañas que le cubría la cara por completo. La única parte visible eran los ojos. “Y ni siquiera, porque tuve la precaución de camuflarlos con lentes de contacto negros. ¿Quién me reconocería? ¡Ni mi propia familia!”, se dijo con satisfacción.

*V empezó a calmarse y se olvidó del frío, del miedo, del riesgo, de la mala noche pasada en el helado escondrijo. Se olvidó de todo porque la adrenalina le sacudió el cuerpo al pensar en la aventura que les esperaba en la ruta, con la carga y, sobre todo, con el dinero.*

*Tres aceleradas cortas interrumpieron el silencio de la noche. Era la señal convenida: W, X e Y habían conseguido el vehículo y esperaban impacientes afuera.*

*La camioneta estacionada junto al portón era una flamante Chevrolet S 10 azul. W, apostado al volante, le hizo guiños con los faros. V salió del galpón, cerró el candado y subió al vehículo.*

*W conducía a los tumbos por el camino de tierra, directo hacia la ruta. En el asiento trasero X e Y no pronunciaban palabra. V, en el lugar del acompañante, miró a sus cómplices de reojo: tres caras adustas, absortas en sus pensamientos, con los pasamontañas en las manos, estaban listos para atacar protegidos por el anonimato. ¿Hasta cuándo podría confiar en ellos? “Relajate. Este trabajo, como los anteriores, fue perfectamente planeado, sincronizado. A nadie le conviene abrirse ni abrir la boca”, pensó. Y se acomodó con más tranquilidad en el asiento delantero.*

*De acuerdo con la información del “datero” y según lo planeado, interceptaron el camión cerca*

*del cruce de rutas, pasadas las cuatro y media de la madrugada. W quedó al volante de la Chevrolet mientras X e Y bajaban y, a punta de pistola, obligaban al chofer a detener la marcha y a descender del vehículo. El hombre sollozaba de miedo.*

*—No disparen. Llévense el camión y el acoplado con la carga, pero déjenme ir.*

*—Metelo en la pick up. Primero le vamos a dar un paseo —ordenó V.*

*—¿Para qué correr riesgos? Mejor lo soltamos acá. No nos vio la cara —susurró X.*

*—¡Hacé lo que te dijo! —saltó Y, como un tigre.*

*V aprobó con la cabeza. “El pibe la tiene clara. Le pronostico futuro”, pensó con satisfacción.*

*Apuntándole con los revólveres a la sien y a la espalda, entre X e Y condujeron al lloroso chofer al asiento trasero de la camioneta.*

*V subió al camión y lo puso en marcha. “Un Mercedes Benz; ¡linda máquina!”, se dijo acariciando el volante. Manejar una de esas había sido el sueño de su infancia, de su adolescencia... Pero su padre jamás lo había permitido. Además, quería que estudiara. “Para huir de la pobreza y no ser ignorante como vos, que te pasaste la vida enterrado en el pueblo, y llorando por la muerte de mamá. ¿Para qué iba a estudiar, eh? Si la plata*

*se consigue más fácil por otros medios”, le discutió como si estuviera ahí.*

*Dos disparos interrumpieron sus pensamientos. “Malditos idiotas, ya hubo complicaciones”, pensó V con fastidio, y asomó la cabeza por la ventanilla del Mercedes.*

*—¿Qué pasó? —gritó.*

*Enseguida apareció Y que arrastraba una pierna como si se hubiera lastimado; en la mano tenía un revólver con el dedo aún en el gatillo. “¡Se me dio vuelta!”; pensó V. Consciente de su debilidad, un estremecimiento de pánico le recorrió la médula, pero se controló y, con los dientes apretados, volvió a repetir:*

*—¿Qué pasó? —trató de que su voz sonara firme y severa.*

*El pibe lanzó una carcajada. Al resplandor de la luna, parecía cadavérico y los ojos le brillaban como si estuviera borracho o drogado. Repentinamente, Y le apuntó con el revólver directo al tórax.*

*“¡Me va a matar! ¡Quiere mi parte y está pasado de vueltas”, pensó V con desesperación; tanteó la cintura con la mano derecha y desenfundó el revólver con disimulo; si era necesario, quemaría al loquito. No podía fallar, había demasiadas cosas en juego.*

*—¡Te hice una pregunta! —rugió para ganar tiempo.*

*El otro volvió a retirarse, descontrolado, el arma le temblaba en la mano.*

*—¡Pum, pum! —exclamó, y en medio de carcajadas bajó el revólver—. El chofer tenía un cuchillo y me rozó la ingle. Tuve que dispararle.*

*—¡Les dije que no quería sangre! ¿Qué esperan ahora? ¡Déjenlo por ahí, y vamos!*

*Entre X e Y arrastraron al pobre infeliz y lo abandonaron en la banquina. El tipo estaba semiinconsciente y con una herida en el hombro, pero vivo. X había encontrado un celular entre sus ropas. V les ordenó que se fueran en la camioneta y llamaran a una ambulancia cuando estuvieran a veinte kilómetros de distancia.*

*No era su culpa si el chofer había resultado herido. Era culpa del loquito, y del conductor del camión por atacarlo con arma blanca. V no pudo ocultar un gesto de fastidio. “Me equivoqué con Y, ese pibe es ambicioso y no tiene escrúpulos. Va a dar problemas”, pensó.*

*Después puso en marcha el camión, aceleró y trató de relajarse. La herida parecía superficial; el hombre sobreviviría. Pensó en el acoplado con su carga de neumáticos: ¡valía una fortuna! Había que reconocer que Y no se había equivocado en los datos: el camión viajaba sin radar adentro, no traía “semilla” en la carga, ni lo seguía una escolta*

*armada. Ahora sólo tenían que esconder la mercadería en el galpón y esperar hasta que la cosa se enfriara para venderla. No había nada de qué preocuparse “el escondrijo” era un lugar seguro. Nadie desconfiaría precisamente de V; y los piratas del asfalto seguirían operando.*



## CAPÍTULO 2

### EL CASAMIENTO

**E**l casamiento se había celebrado al mediodía del 7 de diciembre en un Registro civil de Palermo Viejo. Para la ceremonia religiosa de la noche siguiente, la novia eligió la pequeña capilla del colegio Nuestra Señora de la Misericordia del cual era ex alumna. Ambos dieron el “sí, quiero” ante los familiares cercanos y sus mejores amigos. Tras saludar en el atrio, la pareja partió emocionada bajo una lluvia de arroz.

Media hora después, en la casa de Belgrano, prestada por los tíos de Mauro, estaba por comenzar la fiesta.

Ceferina en persona se había ocupado de abrir el caserón cerrado por años —ya que sus dueños, los Fromm, vivían en Alemania—, y de hacerlo relucir hasta en los últimos rincones. Esa noche, las arañas, la platería y los vidrios reflejaban las coquetas mesas cubiertas con manteles amarillos y adornadas con centros de amapolas. Todo estaba dispuesto para un pequeño grupo de invitados. La

novia había preferido algo simple, hogareño, íntimo; tal como correspondía a dos personas sencillas y muy enamoradas.

A las diez en punto, la banda integrada por un grupo de amigos de Inés y Pablo Aguilar arrancó a todo volumen con un tema de los Beatles.

—¡Ahí llegan los novios! —cuchichearon los invitados.

Tomados del brazo, sonrientes y emocionados, entraron Victoria y Moreno.

—¡Qué linda pareja! ¡Guardiana, quedate quieta! —dijo Adela a punto de llorar, mientras pateaba a la perra por debajo de la mesa.

—¡Moreno está blanco del susto! —comentó Mauro, entre risas.

—¡Pobre, caer en el lazo a los cincuenta! —siguió Pablo.

—¿Y Victoria? ¡Está como un tomate de la vergüenza! —agregó Inés incapaz de contenerse—. Quién iba a decir que Moreno se engancharía con mi tía. El pobre tiene pasta de mártir.

—¡No sean perversos! ¡Él está pálido de la emoción, y ella colorada de felicidad! —los defendió Adela.

Guardiana asomó la cabeza de debajo del mantel y ladró en señal de aprobación.